

GRAIG SMITH

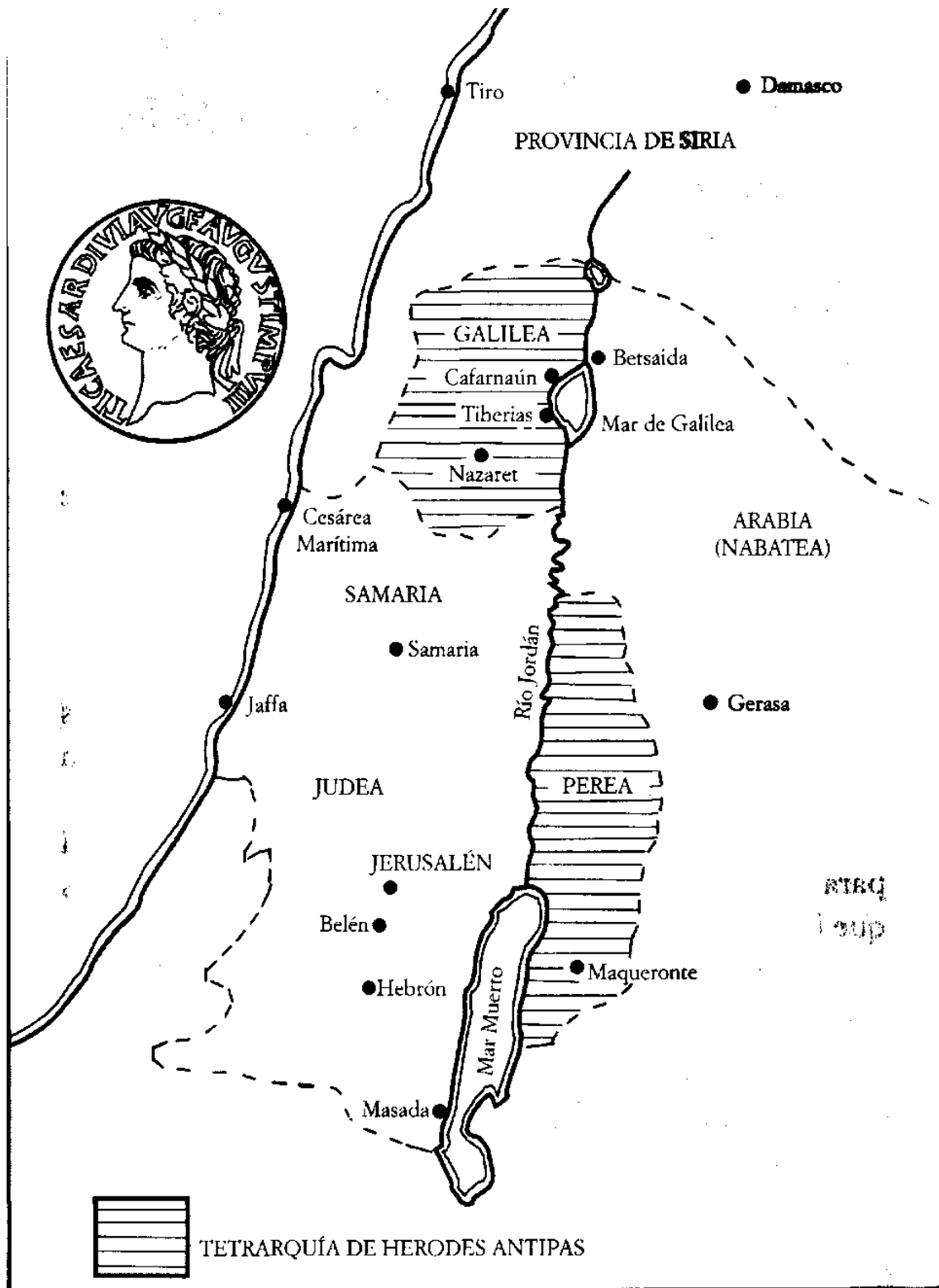
La Imagen del Mesías



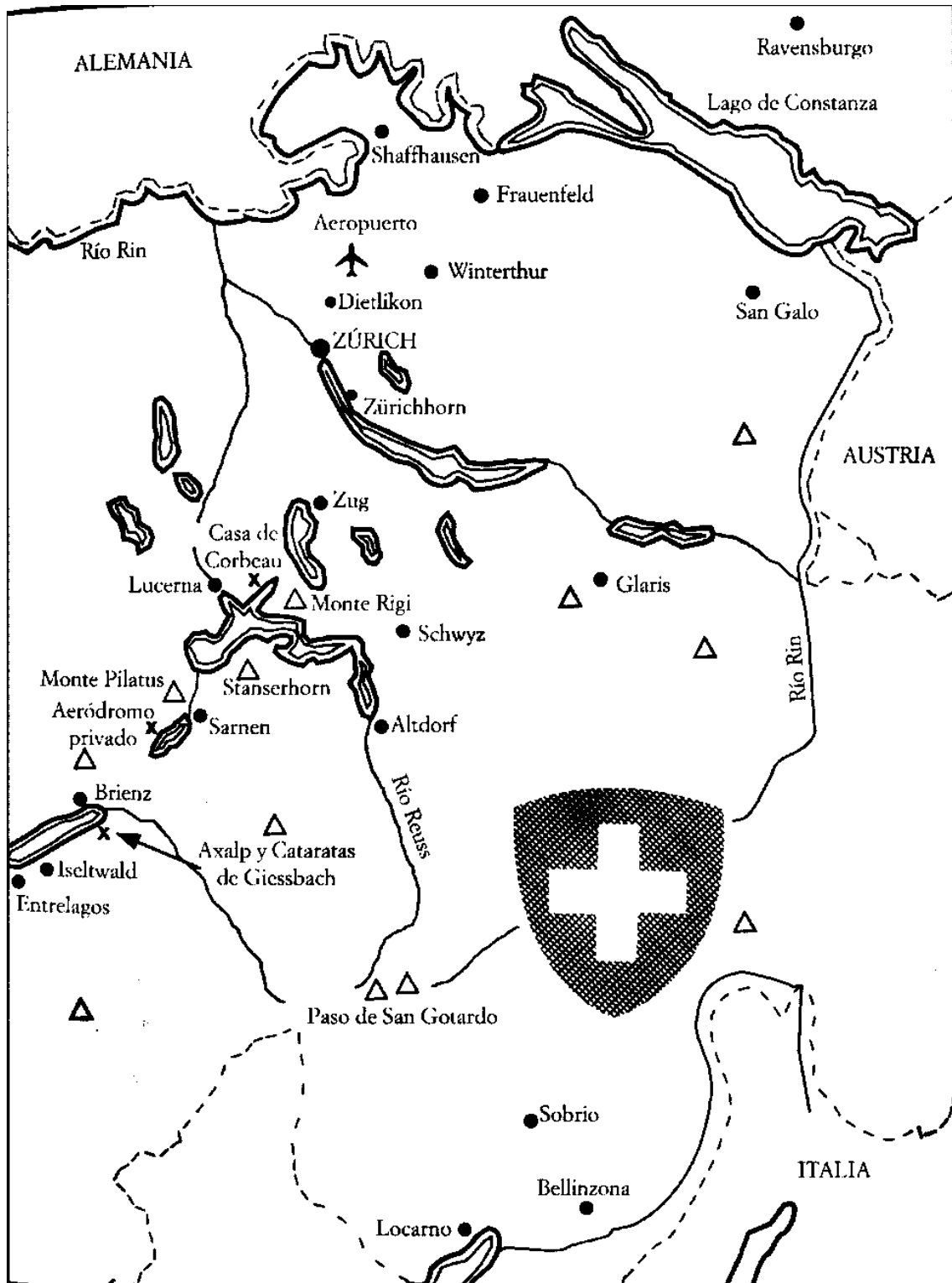
RESUMEN

El telepredicador Richland recibe una llamada del marchante de arte Roland Wheeler para proponerle la compra de un cuadro por veinticinco millones de dólares, un precio desorbitado que sin embargo está dispuesto a pagar. Se trata de una imagen del rostro de Cristo del siglo I, ordenada por Pilato después de la flagelación y que concede el don de la vida a su poseedor. Y el predicador está convencido de que la imagen lo curará del cáncer. T.K. Malloy, ex agente de la CIA, recibe su primera misión como detective por cuenta propia: recoger el cuadro en el banco suizo donde está depositado y entregarlo en el aeropuerto a Bob Whitefield, hombre de confianza del predicador. Pero a partir de aquí todo empezará a complicarse, porque hay varios grupos dispuestos a hacerse con la imagen a cualquier precio.

PALESTINA, SIGLO PRIMERO



SUIZA CENTRAL, EN LA ACTUALIDAD



PRÓLOGO

JERUSALÉN

PASCUA, 30 D. C.

LO RECONOCERÁN POR ESTE RETRATO LOS que lo vieron en vida, Teófanés?

—Sin duda alguna, señor —respondió el esclavo.

Teófanés no disponía de base alguna para afirmarlo, ya que los que habían conocido al Mesías judío eran también judíos y, como era sabido, los judíos se negaban a contemplar toda imagen humana.

—Pues ahora mismo no le encuentro el parecido —vaciló Pilato.

Teófanés examinó con ojo crítico al sujeto de su retrato.

El hombre iba vestido con harapos y llevaba una corona de espinas; su cabeza era una masa de contusiones sangrientas.

El esclavo había pintado al judío tal como era, aunque omitiendo los humillantes efectos de la violencia. En sus ojos había recreado la serenidad universal de los nobles que posan para un retrato; Teófanés era un experto en aquel efecto. El hombre mostraba una robustez agradable, con bastante músculo y una buena capa de grasa contra el frío; sus facciones eran regulares, la nariz larga y ancha, y los ojos no estaban velados.

—Señor, puede que te hayas percatado de que todos los criminales tienen el mismo aspecto llegados a este punto de sus carreras. Esta —añadió, haciendo un gesto hacia el cuadro— es la cara del hombre que viste entrar en Jerusalén. La barbilla del prefecto se elevó ligeramente a modo de respuesta y su expresión se relajó. ¡Aquel hombre! La referencia lo emocionó e hizo aumentar su confianza.

Aquel hombre había entrado en la ciudad como el rey de los judíos.

—El pelo está mal —declaró Pilato finalmente, ya que no descansaría hasta ponerle pega al trabajo de su esclavo—. ¡La barba es demasiado corta, Teófanés! Aunque no era cierto, gracias a las caricias del látigo, Teófanés había aprendido hacía años que su amo era incapaz de comprender lo que miraba. Su única preocupación con respecto al arte (con respecto a cualquier tipo de arte) era su poder para impresionar a los compatriotas romanos y abrumar al resto de la humanidad. No comprendía que el esclavo daba color con sus impresiones a lo que veía. El pelo y la barba estaban bien, se había limitado a representar el aspecto que habría tenido su modelo al salir de unos baños romanos a última hora de la tarde, de haber entrado alguna vez en uno de ellos. En vez de discutirlo, Teófanés respondió con la primera mentira que le vino a la cabeza.

—Le he pintado el cabello y la barba al estilo de tu amigo judío, Nicodemo, señor. Espero no haber cometido una imprudencia.

A Pilato le gustó mucho la respuesta; en su opinión, Nicodemo era el judío al que todos los demás judíos deberían emular. Cooperaba con las autoridades romanas y pagaba sus favores con generosidad.

—Muy bien. Asegúrate de que lo pongan en un imago en el lugar de Tiberio... y no olvides colgar las letras en el estandarte. ¡Es lo más importante, al fin y al cabo!

—INRI. Jesús de Nazaret, rey de los judíos.

El prefecto ya se lo había comunicado antes al esclavo, pero Teófanos estaba acostumbrado a recibir órdenes por duplicado. Los romanos, en general, creían que el resto de las naciones eran menos minuciosas que ellos.

—Cuando regrese, quiero ver el estandarte con la imagen de este hombre en la pared de mi salón de banquetes de Cesárea.

—¿Deseas que me dirija allí antes que tú, pues?

Teófanos se estremeció de miedo. Jerusalén estuvo a punto de rebelarse cuando apresaron a aquel hombre.

Dentro del palacio, detrás del escudo protector de la guardia del prefecto, podía disfrutar de alguna seguridad. Sin embargo, en las calles de Jerusalén se estaría exponiendo a la violencia de las muchedumbres ambulantes. Buscarían los objetivos más fáciles cuando estuvieran lo bastante borrachos para olvidarse del destino de los revolucionarios.

—Parte al alba. Será el principio del sabbat judío y nadie te molestará si te das prisa.

Pilato meditó un instante el asunto antes de esbozar una media sonrisa espeluznante y añadir:

—Siempre y cuando no vean lo que llevas.

Una vez dadas las órdenes, el prefecto llamó a Cornelio, su centurión más antiguo, para conducir al prisionero a su destino. Después dio la espalda a Teófanos.

También podría decirse que la historia dio la espalda a Teófanos, ya que no existe ningún registro de las vidas de los esclavos. Por lo general, se consideraban afortunados si sus señores conocían sus nombres. Con la excepción de los conductores de cuadrigas, las vidas de los esclavos no inspiraban comentario alguno, e incluso los campeones más importantes del Circo Máximo de Roma abandonaban solos la arena por última vez, sin tan siquiera un susurro que los acompañase a la tumba.

LAGO DE LUCERNA (SUIZA)

5 DE AGOSTO DE 20

KATE SE ZAMBULLÓ EN EL LAGO SIN HACER Ruido. Mientras aún estaba bajo la superficie, se alejó buceando de la popa del barco y desapareció en un largo callejón oscuro que serpenteaba entre las demás embarcaciones. Ethan la siguió un minuto más tarde y emergió entre las sombras con el mismo sigilo con el que había entrado. Observó a la gente del barco de al lado por si había notado algo, pero todos los de cubierta estaban contemplando las largas vetas de fuego dorado que se desvanecían en el cielo nocturno. Ni una persona de los cientos de barcos que los rodeaban estaba pendiente de lo que pasaba en las oscuras aguas de abajo.

Más allá de las embarcaciones, el lago se picaba por culpa de una fría brisa de verano que soplaba desde los Alpes. La luz de la luna pálida y medio cubierta no bastaba para localizar a Kate; solo logró ver su silueta en la reluciente superficie del lago cuando el cielo se iluminó con una llamarada de luz blanca. Se unió a ella y vio que ya se había quitado su traje de buceo y estaba embadurnándose la cara con pintura de camuflaje nocturno. Hacía suaves movimientos de tijera para mantener la cabeza a flote y parecía una bella dama delante de su espejo. Ethan examinó sus rasgos mientras él también se quitaba la ropa. El rostro de Kate era una agradable combinación de asombrosa delicadeza femenina y audacia aristocrática; las cejas, la nariz y la mandíbula eran prominentes y refinadas. Las cámaras la adoraban.

La curva de los párpados y los labios carnosos eran algo más que monos; su risa tenía música y malicia; mezclaba dulzura con pasión y furia con rabia.

Descendía de la realeza bastarda inglesa por ambos progenitores, se había casado con un lord inglés, ya fallecido, era rubia y alta, inteligente, y estaba bien relacionada: ambicionaba el riesgo y todo lo nuevo. Podía tramar con la paciencia de una anciana despechada y después llevarse lo que quería con la velocidad de un granuja callejero.

Se habían conocido hacía algunos años, por pura coincidencia, o eso le pareció a él en aquellos momentos.

Después supo que Kate era una mujer que siempre conseguía lo que se proponía y nunca dejaba nada al azar. Él estaba con otros dos escaladores en los Alpes; habían llevado su equipo hasta una roca bastante difícil y pensaban pasar el día subiéndola. Kate estaba sola y únicamente cargaba con un litro de agua y una sudadera anudada a la cintura. Se acercó a ellos mientras preparaban las cuerdas y sacaban los pitones. Sin decir palabra, aunque permitiéndose echar una mirada al musculoso cuerpo de Ethan, la mujer empezó a escalar. Ethan la observó durante un instante antes de salir detrás de ella. Era su primera ascensión sin cuerdas, pero apenas se percató del peligro porque, de hecho, solo podía pensar en la mujer que subía por las rocas con la

agilidad de una leona. Aunque él creía estar en muy buena forma física, no logró alcanzarla.

— ¿Sueles escalar sin cuerdas? —le preguntó la mujer cuando por fin se unió a ella en la cima.

—Mi primera vez —respondió él, pasándose la mano por el corto pelo oscuro mientras sonreía, avergonzado.

En aquellos días tenía un pronunciado acento de Tennessee, aunque eso, en vez de echarla para atrás (como sucedía con muchos europeos), pareció gustarle.

— ¿Y va a ser la última? —preguntó ella con curiosidad y una expresión algo desafiante.

Ethan recordaba haber sonreído y sacudido la cabeza.

Había sido la escalada más estimulante de su vida.

— Espero que no.

— Kate Kenyon —se presentó ella, ofreciéndole la mano.

A la mañana siguiente se dirigieron a los Alpes tiroleses haciendo autoestop cuando podían, y cogiendo autobuses y trenes cuando no. Una tarde, colgados de una cresta diminuta de piedra unos trescientos metros por encima de un campo de cantos rodados, Kate le preguntó:

— ¿Crees que podríamos ganarnos la vida con esto?

Ethan creía que se refería a la escalada profesional y se rio de ella; ella sí podía ganarse la vida así, pero a él le faltaba mucho para estar a su nivel. Unos cuantos días después volvería a los Estados Unidos para estudiar Derecho en la George Washington, de modo que todo aquello y Kate Kenyon se convertirían en un agradable recuerdo.

Sin embargo, ella no se refería a las rocas; aquella noche, en la cama, le dijo que había sido una broma, pero era una broma que no se le olvidaba. Ella quiso saber por qué tenía que volver a América, y él respondió que lo acompañase.

¿Para hacer qué? Cualquier cosa, lo que tú quieras.

— Eso podríamos hacerlo aquí —respondió ella.

Dos noches antes de su vuelo, después de lo que, en teoría, era su última escalada juntos, pasaron junto a un muro en Como; ella se rio y le dijo:

— ¡Vamos!

Un instante después se metió en una finca a oscuras.

Ethan sabía lo que pretendía hacer y también sabía que lo más inteligente era largarse, pero para él no era una opción. La siguió y se lo pasó como nunca en su vida robando el collar de una señora y haciendo el amor en las sábanas de seda de unos desconocidos. Llevaba siguiendo a Kate de una propiedad a otra desde entonces. Nada la intimidaba; lo que hacía vacilar a los más valientes, a ella la llenaba de energía. Adoraba el riesgo como otros adoran el dinero o la fama. Si era posible, ella lo intentaba; si no, intentaba encontrar la forma de hacerlo posible. En términos físicos, su preparación y su fuerza todavía lo asombraban.

En el cielo nocturno se dibujó una palmera dorada de fuegos artificiales que mantuvo su forma hasta que las últimas chispas se apagaron. En cuanto lo hicieron, un staccato de fuertes estallidos retumbó en el lago. De los barcos apiñados en el centro del mismo surgió un suspiro colectivo.

— ¿Listo, Chico? '

Ethan terminó de pintarse la cara y apartó de su mente aquellas primeras semanas con Kate. Después soltó la lata de maquillaje y se puso el gorro.

— Listo, Chica.

Como si fuese un trabajo cualquiera.

Nadaron manteniendo tan solo la parte superior de la cabeza sobre la superficie, moviéndose rápidamente hacia la península oscura que tenían más cerca. De vez en cuando, Kate se volvía en silencio y miraba tras ellos, sin frenar su avance. La única vez que Ethan la imitó vio la luz de un coche de policía recorrer una de las distantes orillas. Cuando dejaron atrás la península, caminaron por una zona pantanosa poco profunda. En el fondo, entre el barro y las malas hierbas, encontraron su lancha inflable, una Sea Eagle 9.2. Estaba justo donde la habían dejado la noche anterior, bien camuflada y cargada de equipo. La habían robado seis semanas antes porque era ligera y se manejaba lo bastante fácil y rápidamente para llevarlos al otro lado del lago y volver. Mientras Kate quitaba la maleza, Ethan infló la quilla y comprobó la presión de las demás cámaras. Tiraron de las cuerdas y la arrastraron hasta el agua, saltando al interior justo cuando abandonaron el pantano. Ethan encendió el motor de diez caballos y el Honda cobró vida en silencio y alejó la lancha de la orilla. Durante los tres minutos siguientes pasaron junto a las tres fincas de mayor tamaño; las grandes casas estaban a oscuras y parecían vacías, lo que las convertía en objetivos fáciles, pero no era lo que buscaban aquella noche. Siguieron adelante y por fin llegaron a una colina con un denso bosque; en su cima había una sola mansión y, a ambos lados de la propiedad, durante casi medio kilómetro en las dos direcciones, no había nada, ni casas, ni luces ni carreteras. Se deslizaron hasta la orilla.

Kate saltó la primera y tiró de la embarcación para meterla en una zona de gravilla, mientras Ethan sacaba el equipo. Volvieron al lago con el equipo metido en una bolsa impermeable, nadaron unos cuarenta y cinco metros más, y llegaron a una roca gris que se elevaba prácticamente en vertical sobre el lago. Kate cogió el equipo y nadó hasta la orilla. Ethan se desvió hacia el muelle privado de la propiedad, que estaba protegido por un alto muro de piedra y cerrado con unas puertas de acero. Tenía un gran varadero, construido como una réplica de la casa principal. En uno de los dos amarraderos encontró una lujosa Fountain 48 Express Cruiser. En el segundo había una Pantera 28, el barco más veloz del lago. Dos Jet Ski estaban atadas al lado de la Pantera. Ni en el varadero ni en el muelle había luces, pero el perímetro estaba protegido electrónicamente, de modo que cualquier movimiento disparaba la alarma y las

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

